

se atrofian todos los órganos que no se usan y emplean. En el ministerio se le imponía la política de transacción y en la tribuna se le imponía la política de combate. Proteo, muy Proteo, es decir, muy multiforme, presentábase circunspecto y mirado cuando creía él necesitar de la circunspección y de los miramientos; pero en las discusiones, en los combates parlamentarios y tribunicios, partía ciego y bramando como el toro, contra los argumentos opuestos, y á veces traspasaba la medida, en termino de malherir á sus contradictores, heridas cuyos rojos reflejos le salieron mil veces á la cara. El primer resultado de su renuncia desorganizó el gobierno. Entró Garat á reemplazarlo en el ministerio de Justicia; y Serván, aquel ministro de la Guerra, muy amparado por los girondinos, abandonó el ministerio para tomar la jefatura militar en los ejércitos del Pirineo. Y tras todo esto vinieron otras alteraciones diversas, no menos profundas, y otros casos no menos graves. Roland se desemejaba mucho de Danton. Acostumbrado á escribir, y á escribir lo que su mujer le dictaba, carecía del verbo dantonesco; y acostumbrado á reflexionar cualquier medida, carecía del dantonesco ímpetu. Estas condiciones de reflexivo y meditando autorizábanle mucho para una política de transacción, connatural con sus caracteres morales y con su clara inteligencia. Teniendo á su lado el colosal Danton, hubiera podido contribuir y cooperar á la salud de todos; pero Madame Roland se opuso, indisponiendo al esposo y á los amigos del esposo con todos los amigos del tribuno, con todos los amigos de Danton.

La incompatibilidad que rezaba con el ministro de Justicia, no rezaba con el ministro de la Gobernación. Elegido diputado Danton por París, tenía que optar entre la Convención y la cartera; no elegido por ninguna parte Roland, podía quedarse con grande facilidad en el gobierno, consiguiendo así que no se desorganizara por completo, después de las innumerables mermas y de las repetidas deficiencias. Sin embargo, amigo Roland de alardear sus virtudes, de dirigir á todo el país sus escritos, de traer á colación su estoicismo, copiado de Plutarco y remedo de Séneca, presentó su dimisión al Congreso, porque tal dimisión le autorizaba para dirigir variantes sobre sus ideas, sobre su historia, mezclando, con el culto al bien, el culto á la ciencia. Muchos tacharon este acto desinteresadísimo de Roland como determinado por una timidez, rayana en cobardía. Sin embargo, ni por su vida, ni por su muerte, ni por las circunstancias que lo rodearon siempre, ni por las grandes luchas mantenidas con la demagogia, ni en las crisis del 10 de Agosto, ni en las matanzas mismas de Septiembre, ostro nunca Roland esa complicidad con el error y con el crimen, que delata un espíritu medroso y cobarde; antes bien, retó el peligro y arriesgó la vida. Y cuando Marat pontificaba de dictador, se indispuso con Marat; y cuando Robespierre tejía su tela de araña para envolver á Francia, se indispuso con Robespierre; y cuando Danton fulminaba el rayo desde las cumbres del Etna revolucionario, como un titán fabuloso, mantuvo con él combate á

muerte No podía pues decirse, y mucho menos creerse, que su dimisión la determinara ningún miedo; determinóla el convencimiento profundísimo de que todo se perdía y todo naufragaba en aquel trágico momento. Y como los girondinos de ninguna manera pudieran abandonar sin mengua y detrimento propios, el puesto alcanzado en la pública gobernación, acudieron al socorro de Roland y demandaron que no se le admitiese la presentada renuncia por el Congreso Nacional. Aquí estalló la cólera de Danton. Y estalló, con aquellas volcánicas erupciones que destruían todo cuanto tocaban, movidas por el empuje de sus pasiones sin freno y de sus fuerzas sin medida. Así, opúsose violentamente á la primera fase de la proposición girondina, en que se demandaba y exigía de Roland retirara su renuncia. Indigno de un poder tan alto como la Convención, parecióronle al gran tribuno estos ruegos levantados, como si fuese Roland algún otro poder á los oídos de un ciudadano, el cual no representaba como aquellos que le requerían en inmortal poder de Francia. Un viso de razón tenía en esto el jefe de los franciscanos; por bueno y sabio que Roland fuese, no debía humillarse el poder legislativo en su presencia, porque al humillarse ante un ciudadano un poder cualquiera, humilla toda la nación. Pero si en esto le asistía la justicia y el derecho, como su inteligencia, un tanto cinica, no se curaba de ningún escrúpulo, como su voluntad impetuosa no se domaba por ningún freno, traspasó el límite de su derecho y llegó hasta lo ilícito y lo deshonesto, al decir con brutal sarcasmo, cómo los legisladores se hallaban en el caso de dirigirse, no solamente á Roland, cuyo cargo no era unipersonal, debían dirigirse á su mujer, alma del ministerio y musa del ministro. El golpe fué tremendo. Así repercutió en todos los corazones girondinos. Dadas las tendencias clásicas patentes en tiempo de la revolución, madame Roland representaba lo que Aspasia en la corte de Pericles, lo que Hipatia en las escuelas de Alejandría, lo que Cornelia en las luchas de los gracos, lo que Victoria Colonna en los días del Renacimiento, una especie de ideal, una especie de verbo, tomando carne viva de aquella mujer extraordinaria; y siendo por lo mismo una idea, representada por la inspiración, el sentimiento y la hermosura. Así, pues, no puede maravillarnos el redoble de cólera y de odios entre Danton y los girondinos suscitados por esta impremeditada temeridad del gran tribuno. Durante algunos minutos llegó á creerse próximo un debate muy empeñado sobre la persona de madame Roland, sobre sus virtudes y sus ideas, sobre la influencia ejercida por ella en el movimiento republicano francés, sobre la formación del bando girondino, sobre tantos y tantos problemas como traía entonces aparejados su omnímodo influjo en la política francesa. Mas un afecto de caballerosidad, el cual no puede faltar donde hay varones ante la presencia ó el nombre de una dama, evitó escándalo semejante, y todo se compuso retirando el mismo Roland su renuncia. Pero como jamás hiciera este buen escritor cosa ninguna sin precederla ó acompañarla ó seguirla de un escrito, retiró su renuncia en otro manifiesto, donde latían las heridas abiertas por la mano irreverente de Danton, en la per

sona de su idolatrada mujer. Todos los alardes propios de su estoicismo declamador se repitieron; toda la serie de peligros por que pasara en los últimos tiempos se desarrolló en amplificaciones sin fin; renacieron las propias apologías personales y las acusaciones tremendas á sus enemigos de la izquierda; el recuerdo de las matanzas del dos y tres de Setiembre, surgió con todo su cortejo de frases acerbísimas; renovóse la promesa de disciplinar París, completamente indisciplinado, y llegó á decir que se quedaba, por ser su presencia en el gobierno un martirio cierto, y por morir abrazado á la verdad y á la virtud.

Entre todos estos incidentes, iba poco á poco en verdadera lentitud organizándose la Convención, y al organizarse, no quiso enajenar a aquel monstruoso concilio de las libertades modernas, ninguna de sus facultades, ni distinguir por línea divisoria clara, unos poderes de otros poderes públicos, sin caer en que la naturaleza del despotismo exige la confusión de todos los poderes; y por lo contrario, exige la naturaleza del derecho, su división y apartamiento en círculos concéntricos. Toda sociedad es un organismo. Todo organismo naturalmente se compone de órganos independientes unos de otros, aunque sometidos al sensorio común y regados por la misma sangre. Nunca debe á un órgano encargarse función propia de otro órgano, pues cada cual sirve para su oficio: para segregar la bilis el hígado; para digerir los alimentos el estómago; para impeler la sangre y distribuirla el corazón. Pero si queréis hacer con el hígado las funciones del estómago, sucederá en el cuerpo humano lo que sucedía en el cuerpo social francés, cuando la Convención acaparaba para sí todos los poderes: la enfermedad seguida de la muerte. Quien ejerce funciones ejecutivas no puede por modo ninguno ejercer funciones judiciales, y quien ejerce funciones judiciales no puede tampoco ejercer funciones legislativas, pues en la mezcla de todas estas funciones y en su confusión, se halla el despotismo. Así la gran Cámara fundadora de nuestra Europa moderna y democrática, se redujo á ser la dictadura quizá más absorbente y despótica que la humanidad ha conocido. Y el despotismo de una sola persona es más llevadero que el despotismo de muchos. Por encallecida que tenga un déspota la conciencia, por duro el corazón, por soberbia la voluntad, siempre le aterran las responsabilidades históricas, pero diputados anónimos, ignorados, irresponsables, oscuros, no temen cosa ninguna ejerciendo el despotismo con increíbles arrogancias é insanas crueldades. Siempre hay en todo parlamento una porción de diputados directores, de diputados conocidos, de diputados elocuentes ó sabios, los cuales teniendo sobrado que hacer con dirigir una Cámara, se suben á las alturas y desde allí dejan la parte más mollar del poder, la más útil, la que mayor influencia tiene y más eficacia, en manos de los anónimos, del número, de la plebe parlamentaria, muchas veces ignorante y grosera. Si la Convención hubiera distinguido los tres poderes, si hubiera nombrado la presidencia, para que la presidencia nombrara los ministros, si hubiera nombrado los jueces inamovibles, aunque fuera en organización provisional, ciertamente sal-

vara los escollos en que no pudo menos que naufragar y estrellarse. Clasificadas arbitrariamente las funciones políticas, dividida la Convención en comités numerosos, de los cuales con frecuencia disponían sólo dos ó tres personas, creíase todo y como se creía todo, entraba en todas partes, no conociendo límite á su voluntad soberana y entraba con especialidad violentándolo y rompiéndolo, en el derecho sacratísimo de los ciudadanos franceses. Gobiernos compuestos por muchas personas como aquellas comisiones convencionales, adolecen de muchas faltas que luego ceden todas en desdoro de sus nombres y en daño de sus respectivos gobernados. Una comisión de cincuenta equivale á un Congreso y en estos congresillos, si las discusiones se removían por muchos, las medidas supremas se tomaban por pocos. Así, Francia estaba gobernada por un poder anónimo, el cual no se conocía por nadie y pesaba con inmensa pesadumbre sobre todo en general. Había comisiones que acertaban como acertó la comisión de guerra, dirigida por una de las cabezas militares más fuerte y poderosa que ha conocido el mundo, por la cabeza de Carnot y había otras que no acertaban casi nunca, por ejemplo, la comisión de Hacienda y asignados. Pero la capital entre todas aquellas comisiones, fué la que se hallaba en verdadera consonancia con su origen y su carácter parlamentario, la comisión que se llamaba constitucional, encargada de escribir el Código sobre cuyas anchas bases debía levantarse la República. En esta comisión la Gironda, reunió cuantos amigos pudo y expulsó á casi todos sus enemigos. En ella entrara Sieyes, el hábil político, el consumado redactor de Constituciones, el sabio de mayor ciencia social visto en aquel tiempo, grande ponderador de fuerzas, fiel depositario de sistemas opuestos, con una tan grande autoridad, que no se atrevió á tocarle aquel torrente de acusaciones terribles, cuyos ímpetus lanzaron los mayores convencionales al patíbulo. Junto á Sieyes, encontrábase Condorcet á quien había que consultar siempre por ser último representante de la enciclopedia, madre natural y legítima de la revolución. La elocuencia tenía su representante vivo en Vergniaud pero al dirigirse á la Gironda para formar la comisión á sus enemigos, claudicó y claudicó muy de veras. Había dos hombres que por su ciencia y por su experiencia se imponían á toda comisión encargada de redactar un Código fundamental republicano; era uno Danton, era el otro Robespierre. Más estadista práctico, más tribuno verdadero, aquél, éste le aventajaba en conocimientos políticos, en ciencia social, en arte de formular las ideas, en hábito de comunicarse con el grandioso espíritu en quien se avivara la revolución, como el mundo antiguo en la centella de Prometeo, con Reuseau. Esta preferencia de Danton, esta injusticia con su persona, esta proscripción del mayor comité que nombrara la Cámara, reanimaron todos los odios de Robespierre y le movieron á perseverar en la consecución definitiva de su tremenda dictadura.

Como vemos, cada hecho aumentaba más y más el odio de los revolucionarios entre sí mismos, y con el odio de los revolucionarios entre sí mismos, las causas generadoras del

desastre definitivo de la Convención, deshonrada poco después de nacida. Y este combate horroroso, trabábase no sólo en el Parlamento, en la prensa, en los clubs, en los jardines públicos, en las sociedades literarias y científicas, en el teatro, en la universidad, en todas partes. El feudalismo con todos sus errores, los nobles con todos sus privilegios, aquellos caballeros del puñal tan maldecidos, aquellos guardias de Corps tan acosados por la plebe revolucionaria, la realeza con su dinastía, el clero con sus injuramentados, la emigración traidora, las irrupciones germánicas, parecían cosa baladí á los convencionales, según las desdeñaban ó preterían, acordándose sólo unos de otros, de Robespierre Vergniaud, de Roland Danton, de Marat y sus monstruosidades todos. En pocos días la decoración política por completo cambió, los sentimientos de las fracciones y partidos, tomaron carreras contrarias á las traídas de antiguo. Aquellos marseleses, generadores de la República, se convirtieron á los ojos de la plebe revolucionaria, en los mayores enemigos de la República, porque la querían ordenadísima y sensata. Con todos los frutos de la libertad y todos los resortes del gobierno; aquellos girondinos precursores del nuevo régimen, bautistas del Mesías prometido á todos los amantes del derecho, verbos de las nuevas encarnaciones sociales, trocarónse para los parisienses exaltados, en formidables reaccionarios, únicamente porque atajaban el paso de Robespierre á la dictadura y porque maldecían los crímenes sin ejemplo ni nombre, del bruto Marat. Las sociedades políticas y literarias donde se preparara el 10 de Agosto y se convirtiera el antiguo sentimiento monárquico en novísimo sentimiento republicano, quedaban desiertas y destituidas del espíritu popular, porque ya no estaba en su ministerio traer el nuevo estado social, sino dirigirlo y conservarlo. Es uno de los fenómenos más curiosos que guarda la Historia, esta conversión de los tribunos, de los profetas, de los reveladores, de los videntes, en estadistas. Ellos no cambian; ellos profesan las mismas ideas que antes de su exaltación al gobierno; ellos hacen desde las alturas sociales, aquello mismo que prometían y formulaban en los sociales abismos; ellos permanecen por fuerza en el punto donde se hallaban colocados, cuando ejercían la oposición y cultivaban el ideal, mas la sociedad ha dado una vuelta y en esta vuelta, de teorizantes, se han convertido en administradores, de filósofos en políticos, de metafísicos en economistas, de profetas que anunciaban la buena nueva, en ministros imposibilitados de hacer entrar esta pura buena nueva, dentro de la impura y rebelde realidad. Por esto hemos pasado todos cuantos hemos traído á una sociedad vieja é histórica, nuevos gérmenes de ideas y nuevas formas de gobierno. Tal variación de la sociedad, explica por qué Mirabeau muere monárquico parlamentario, después de haber derribado la monarquía tradicional, sin que nadie comprenda en él su lógica rigurosa consecuencia; explica por qué los girondinos después de haber formulado y traído la República, mueren todos en el cadalso por enemigos del ideal que habían formulado é impuesto; explica por qué se cayeron las dos alas de Lamartine como las dos alas de Icaro

al pasar el gran orador desde la tribuna de su Congreso á la sede procelosa de su gobierno; explica por qué nosotros mismos los republicanos españoles, antes del 73, fuimos profetas radicalísimos y después del 73, fuimos á los ojos de todo el mundo, sin razón y motivo que justificase tan extraño juicio, conservadores impenitentes y en concepto de nuestra vieja secta y de nuestros antiguos fieles, hasta reaccionarios implacables. He aquí explicada la evolución rápida por donde van pasando en este momento crítico de la Historia, sus principales actores, los pobres girondinos. Ninguno entre todos estos, explica tan bien la transformación estudiada, como el eximio y desgraciado Brissot. Escritor concienzudo, republicano sincero, padre ejemplar, cariñosísimo esposo, recto en sus intenciones, puro en sus costumbres, devoto del ideal hasta la muerte, ha pasado como un monstruo en algunos períodos de su vida y de su historia, porque al cambiar de posición la sociedad, por hechos tan transcendentales como el 10 de Agosto, creyóse que había cambiado él de doctrina y que había cambiado al aguijón de los más bastardos y más egoístas intereses. Bien es verdad que Brissot, fuera el más aborrecido de sus contrarios, entre todos los corifeos de la Gironda. Sin la elocuencia de Vergniaud, sin la ciencia de Condorcet, sin las aptitudes administrativas de Roland, poniase á la cabeza de todos y dirigía casi por completo el partido, á causa de las dotes de organizador que le distinguían y del arte político en que brillaba como un verdadero maestro. De aquí el papel capitalísimo representado por Brissot durante todo el desarrollo de esta crisis, en que fué blanco de las cóleras montañesas, como ningún otro de los suyos. Y tenía las merecidas, por su elevación en el pensar y por su rigor en el proceder, esclavo de una idea, servidor de un propósito. Así pronunció el juramento de Annibal, y se propuso exterminar la Montaña, para que la Montaña no exterminase la Patria.

Y Brissot se movía, primero por patriotismo, después por amor á la ciencia y á la humanidad. Aquel hombre, cuyas manos sompesaran el poder público de Francia, y mantuvieran su poderoso rico estado, no tenía una piedra donde reclinar su cabeza. Desde alto camaranchón, desnudo de todo mueble, con una mesa, una silla y un tintero, que le servían para redactar el más apreciado entre los diarios girondinos *El Centinela*, elevaba y destruía, por medio de su severa pluma, ministerios diversos y diversas situaciones, sin que nunca sus victorias cedieran en su lucro. La idolatrada familia no habitaba con él, porque sus posibles no le permitían tenerla en París á su lado, y guardábala, como el ave su nido, en un desierto, á orilla del Sena, desierto cercano de Saint Cloud. Todos los días procuraba ir á verla, y cumplido este deber diariamente y trazado el artículo diario de su periódico, dedicábase primero á sus deberes legislativos en la Convención, y después á convenir con sus correligionarios y con sus afines, las soluciones indispensables á cada crisis, mantenidas por él con verdadero vigor, y predicadas con verdadera claridad. En este momento lo que principalmente su ánimo poderoso embargaba, era la obligación en